



RODOLFO KUSCH, “UN MAESTRO A LA ORILLA DEL PENSAR DE-COLONIAL O LA SEDUCCIÓN DE LA BARBARIE”

Juan José Esteves.
Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Artes.

Resumen:

Son al menos cuatro las teorías sociales producidas desde un contexto original latinoamericano. Ellas son la Teología de la liberación; la pedagogía del oprimido; la teoría de la dependencia, y últimamente, la llamada perspectiva de la colonialidad del poder (Segato, 2014:13). En particular esta última, ha recogido el gran aporte del sociólogo peruano Aníbal Quijano. Desde este enfoque, se ha visto de manera crítica planteos que han puesto en el centro de la discusión temas tales como los relatos oficializados por la historiografía dominante; el eurocentrismo como negación de la identidad y los procesos culturales de los pueblos en las periferias geográficas; la raza, el patriarcado y el residuo colonial perpetuado en los sistemas educativos de los países dependientes.

En este trasfondo de ideas en Latinoamérica, emerge con vital actualidad, el pensamiento elaborado por el filósofo argentino Rodolfo Gunter Kusch, quien en vastas producciones ensayísticas y en la recopilación de innumerables trabajos de campo, abonó con categorías y conceptos fundamentales, buena parte de lo recuperado hoy desde el pensamiento crítico emancipador en Latino América.

El presente trabajo, se detiene en dos de las primeras obras del filósofo citado. Ellas son *La seducción de la barbarie*, publicada en el año 1953, e *indios, porteños y dioses* del año 1966. Desde este análisis, se repara en algunas de los principales conceptos utilizados, su vinculación con los debates de actualidad y su proyección sobre los temas aun irresueltos de la contemporaneidad política de nuestros pueblos.

Introducción:

Descendiente de padres alemanes, emigrados a la Argentina luego de finalizada la Primera Guerra Mundial, Rodolfo Gunter Kusch (1922 – 1979), egresa en 1948 como profesor de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires. Son años aquellos de una fuerte presencia y movilidad de los sectores populares, que de la mano de la experiencia política que inauguraba el Peronismo, con sus dos primeros gobiernos entre los años 1946 y 1955, van a transformar la estructura social del país. Son también, etapas de reformulación de las identidades políticas de las grandes mayorías nacionales, y de revisión de los temas y cánones de la historiografía vigente hasta ese entonces.

En materia de las ideas filosóficas y políticas, se asiste a una crisis de representación del modelo político vigente hasta la llegada del peronismo al poder, como así también, del rol de los intelectuales como grupo generador de opinión en la sociedad, el cual no logra revalidar su inserción definitiva en materia de credibilidad y representación frente al protagonismo creciente de las mayorías nacionales. El efecto la retracción popular que había producido anteriormente el golpe militar pro-fascista del general José Félix Uriburu, había proyectado a la oscura “década infame” (1930 – 1943), sobre la propia dinámica de los partidos políticos tradicionales en la Argentina de la industrialización naciente, operada a partir del proceso de sustitución forzado de las importaciones de



manufactura. Se evidenciaba así en materia social, aquello que reseñara otro gran ensayista del período citado y de la anteriormente llamada década fraudulenta, Raúl Scalabrini Ortiz (1898 – 1959), cuando en referencia a *El hombre que está solo y espera*, describiese el momento como de “*la defección de la política*” (Scalabrini Ortiz, 2007).

Este clima de decepciones y anonimatos múltiples debió pesar o al menos ser absorbido en este pensamiento “kuscheano”. No por nada su reiterado giro hacia el análisis de un fenómeno estético y ciudadano como lo es el tango, presente en su obra y en su reflexión sobre esa expresión poética y musical, nacida en la periferia porteña, y desarrollado como temática en el texto *indios, porteños y dioses* (Kusch, 2000); *Filosofía del tango* (Kusch, 1952); o en obras teatrales como *Tango y Cafetín*, escrita esta última en homenaje a Enrique Santos Discépolo (Kusch, 2000).

En la mirada puesta allí por el autor, la indagación de ese hombre anónimo y concreto a la vez, que bien pudiera ser parte del paisaje del arrabal, inmerso en los contornos mágicos de una danza como el tango, o “estando” meramente en la mesa de un bar porteño, viendo pasar un torbellino de mundo dinámico y ajeno, era, en tanto hombre, el mismo ser que podía hallar en la inmensidad del altiplano argentino - boliviano o en otro punto distante de la América profunda.

Hay una búsqueda radical en Kusch en aras de una autenticidad del estar en América. Esta indagación que lo lleva a los cimientos, a las “bases” mismas de la americanidad, es filosófica y no meramente metodológica. Kusch no “desentona” en los ambientes académicos por su incorporación de técnicas etnográficas o del registro visual y auditivo como extensión de una tarea de campo: lleva la filosofía a su máxima esencia ontológica en la indagación de los temas y el pensar del hombre en América.

En la edición completa de sus obras, realizada por la Fundación Ross, se transcribe una semblanza de Rodolfo Kusch, que escribiera su amigo Guillermo Steffen a un año de su fallecimiento ocurrido el 30 de septiembre de 1979. Allí lo describe y lo ubica al escritor tomando cabal conciencia del rol que estaba asumiendo en su época y en el sitio correcto, en esa América profunda, silenciada y oculta. Transcribimos para mejor ilustración su párrafo:

“Había que fundar cosas, había que fundar actitudes del pensamiento nuevas. Agrupar a los amigos. Y escribir, y salir a dar conferencias y fundar el Instituto de Estudios Americanos y sacar a las gentes de sus casamatas académicas, sacarla de toda esa necedad en que se perdieron tantos talentos, esa necedad en que se piensa y se programa la vida “haciendo la carrera” (en Kusch, Obras Completas 2000, tomo I: XXXI).

Nada más elocuente para describir un clima de ostracismo de las ideas en los ámbitos de la academia, que invitaba al pensador profundo, al hombre auténtico que era Kusch, a proponer nuevos temas y otras miradas, y lo hace, decimos nosotros, trascendentalmente en su originalidad, dándole la espalda a los modelos consagrados y comenzando su periplo de caminante por los senderos de América. Pensando con el hombre y la mujer de esta tierra. Ese es quizás, su mayor aporte: exponer como un faro de luz la intuición filosófica que inauguró nuevos temas, tan próximos como auténticos para el cimiento germinal de futuras generaciones decididas a un pensar “de trincheras” y sentir “Nuestra América”, como digiera el poeta José Martí (Martí, 1960). Por esto, su gravitante influencia y respeto generado en el espacio de sus contemporáneos que por los años de la década de 1960 y 1970 se constituyeron como expresión de la Filosofía de la Liberación y de otras vertientes en el campo de las ideas latinoamericanas. Basta mencionar las compilaciones de artículos que Kusch comparte en ediciones junto a nuevas generaciones de autores, tales los casos de Máximo Chaparro, Osvaldo Ardiles;



Julio de Zan, Carlos Cullen, Enrique Dussel, Mario Casalla, Alberto Parisi, Antonio Kinen o el propio Juan Carlos Scannone entre otros.

Otro tanto podríamos referir en relación al emerger, más próximos a nuestros años del siglo XXI, de la corriente mencionada como del “giro decolonial”, que se ha propuesto, entre otros temas, poner en cuestión posiciones eurocentradas en nuestros sistemas de pensamiento y de educación, así como también, su mirada colocada en los mecanismos de perpetuidad de la colonialidad en nuestras sociedades latinoamericanas. Así, el Sociólogo colombiano Santiago Castro Gómez, reconocerá los aportes iniciales del filósofo argentino Kusch, en la ruptura de un pensamiento nuevo y original respecto de las tradiciones del pensamiento eurocéntrico vigente hasta todavía en buena parte de nuestras instituciones de educación superior en América Latina.

La pregunta entorno a la originalidad del pensamiento en Rodolfo Kusch, y otro tanto podríamos decir respecto de los nuevos autores del giro decolonial, no es a nuestro entender, una cuestión solo de nuevas categorías para comprender lo americano. Mucho menos de dar por obsolescente la tradición del pensamiento y la filosofía de Occidente. Se trata de dar cauce a los nuevos temas emergentes en una sociedad aún irresuelta como la nuestra, desde la originalidad que solo puede otorgar un “pensar situado” que tome al hombre y la mujer de América en su dimensión justa y centralidad necesaria. Un pensar situado que integre y no excluya lo propio por naturaleza popular y americana.

Este maridaje de tradiciones, es el que trae consigo la obra de Kusch, y que el autor enriquece de manera definitiva desde su pensar y obrar en Maimará y en su vasta experiencia de investigación en el Altiplano de Bolivia y Perú. Por un lado, como ya se indicó, existe indudablemente un aporte desde el seno de su hogar formado por padre y madre inmigrantes alemanes. Conoce ese lenguaje inicial y se forma en la lectura de autores del Idealismo alemán; la Fenomenología de la conciencia de Husserl; el existencialismo de Heidegger y la psicología de Jung. Incursiona luego en la arqueología, antropología y literatura originaria de América. Existe en su formación, una síntesis dada de hecho entre lo vivencial familiar, su propia existencia y la indagación sobre el pensar y vivir en América. En esto entendemos, radica un plus definitorio para pensar la posibilidad de una filosofía de raíz latinoamericana: Hay desde la obra de Kusch, un ensamblaje único entre el sentir y el pensar, desde y con el “hedor popular de América”. No se trata solo de una adecuación categorial del pensamiento filosófico, sino de un “estar siendo” y un “estar pensando”, como actitud ética y militante de un destino latinoamericano auténtico en post de futuros procesos de emancipación.

Su apropiación del saber no es solo proveniente del examen sobre los textos, sino que vuelca en su etapa posterior de “salida al mundo americano”, todo un bagaje propio del riguroso trabajo de recopilación de información de campo, apoyada en grabaciones, entrevistas y registros fotográficos. Esta indagación en Kusch, impregnada de polvo, caminos, olores y sensaciones, son filosóficas. Emanan, surgen, desde un sentir y pensar en la tierra y con los sujetos pertenecientes a esas realidades y paisajes del interior profundo en América. Esta es la dimensión estética más interna del autor. Hay un dominio claro y efectivo sobre el informante que nos remite a lo mejor de la tradición mayéutica socrática. Su fisonomía externa propia del “gringo”, nunca fue distancia que mediara en el acercamiento al hombre y la mujer de este suelo. Hay una comunión íntima que lo une sin mediación alguna con el nutriente popular de los pueblos. Lo popular es el universo a indagar, pero también el espacio en el cual perderse hasta confundirse en el propio magma colectivo de ese otro universal, que no habita en la academia, sino en el paisaje. Y consecuente con su visión, lo popular es lo sagrado exteriorizado y redimido en un suburbio de ciudad o en la soledad del altiplano.



El ser americano y las contingencias propias de la cultura popular en América, es el nodo central que recorre toda la obra de Rodolfo Kusch. En el tratamiento sobre los temas, hay una apartarse de categorías cerradas o estrechas propias de un marxismo académico ortodoxo ampliamente difundido en tiempos en los cuales Kusch transita por aulas y debates. Más próximo a corrientes innovadoras de su mundo intelectual contemporáneo, que convergerían luego en la llamada Filosofía de la Liberación, algunos autores, tal el caso de Mario Casalla, quién prologa para la edición de la Fundación Ross el texto *Indios, porteños y dioses*, ubican a nuestro autor en el amplio campo referenciado políticamente por la experiencia del peronismo en la Argentina. Identidad política que era comprendida desde el fenómeno de masas y su liderazgo en el caudillo que retornaría del exilio, más que en ninguna de las estructuras partidarias o representaciones formales de esa fuerza en la sociedad y el Estado. Su compromiso estará dado desde entonces, con lo real americano; su gente y su cultura en la expresión más auténtica e incontaminada. De aquí, muchas de las críticas que va a realizar a los programas ampliamente difundidos desde las usinas del poder norteamericano y en contextos de colonialidad, tales como las acciones desplegadas durante las compañías promovidas en el marco de la *Alianza para el progreso* durante la década de los 60", en comunidades campesinas y pueblos originarios de América Latina.

Desde estos postulados filosóficos, que abrevan fundamentalmente en la estética, la gnoseología y la epistemología, construye un posicionamiento claramente político por el horizonte que apunta, y que claramente identificamos hoy como un primer momento germinal en lo que hoy se constituye como *pensamiento de-colonial* en lo que transcurre de estas primeras dos décadas del siglo XXI. Así, la categoría estructurante del cogito cartesiano occidental, aparece prematuramente observada críticamente como "ser", en contraposición a su indagación referida al "estar" del hombre americano, que cruza prácticamente la totalidad de su obra. Como señala Mario Casalla en el prólogo anteriormente citado, "(...) ese estar abierto al juego de las fuerzas de lo real es un juego dramático sin certezas" (Kusch, 2000:140). En esto último señalado, se puede ubicar la radicalidad existencial intuida nítidamente por Kusch. En los signos de aquello que no puede ser aprehendido, conocido y dominado, tal cual indicaría el código del saber de la ciencia occidental, se halla lo siempre vivo y dinámico del estar en América. Un *estar* que en la estética será lo *tenebroso*, y adentrándonos en el tiempo político americano, será lo reprimido, censurado y violentado por las dictaduras genocidas y sus terrorismo estatales y paraestatales.

Con la lectura de los textos de Kusch, se recobra el asombro original, aquella actitud de vida que desdibuja los límites imprecisos y arbitrarios de lo civilizado y lo bárbaro; de la ciudad y del altiplano. En este último espacio geográfico, el del altiplano, lo sagrado y lo profano son las categorías existenciales desde donde pensarse a uno mismo como hombre. Es que allí no hay mediación posible con lo natural indómito. Tampoco hay dominio del ser ni sustitución posible para ese entorno, en el cual, lo diabólico se hermana con lo divino. Es el lugar en donde "la muerte es un episodio que cada uno debe resolver personalmente" (Kusch, 2000:165), y en donde, como sucede con el indio del altiplano, "él no es dueño del mundo, sino que el mundo es dueño de él." (Kusch, 2000:167).

"Un maestro a orillas del lago":

En *Un maestro a orillas del lago Titicaca*, la figura del maestro de la comunidad es equiparada a la de un apóstol de la ciencia; es la figura guía del pueblo, referencia carnal de un modo de vivir. Conocedor de su gente, desdeña de las técnicas propias de



una ciencia de la clasificación y la cuantificación, representada en los test y en las encuestas sociológicas de los organismos estatales o las consultoras de imagen. Pero, lo que completa en su humanidad al maestro, es el propio lago; su estar en ese sitio, con esa geografía y paisaje. Constituye el lago en su humanidad, un áurea inescindible de su ser maestro o referente de la comunidad de ese pueblito a orillas del Titicaca. El lago prorroga su misterio desde los orígenes telúricos hasta el presente hecho cultura. Kusch emprende en el texto una continuidad de referencias que hacen a su conocimiento y contacto con ese lago. Lo indica como una presencia de misterio y a su vez de un temor que le inspira. El lago es, asimismo, el espacio que mantiene viva la leyenda de un pueblo que lo convive. No lo apropia, ni lo conquista; vive con él.

“Indudablemente el lago Titicaca, además de ser un fenómeno geográfico, es un símbolo, una especie de monstruo que devora hombres y ciudades; que, no obstante, su quietud, se embravece prodigiosamente cuando sopla el viento, y que, sin embargo, alimenta a sus hijos con peces.” (Kusch, 2000:190)

Trabaja Kusch en el texto, la analogía de lo que simbólicamente significan “la pampa” para los argentinos, y “el lago” para los bolivianos. Representan para ambos, “lo más profundo del alma”; “lo inconfesable” (Kusch, 2000: 191). Constituyen una “gravedad” espacial inseparable para entender al hombre del lugar culturalmente y geográficamente referenciado.

Para el maestro del Titicaca, el lago es un elemento incorporado que interviene como entidad en sí misma y como símbolo, en la enseñanza impartida a los niños lugareños. El lago es incorporado al proceso de enseñanza y aprendizaje impartido por el maestro, como una “inmensidad por todos conocida” (Kusch, 2000:192). Se trata de un aprendizaje que no opera por acumulación de datos y conocimientos de una externalidad mundo, sino sobre el reconocimiento e incorporación de lo propio, sumando nuestras propias vidas al paisaje. Se aprende así para vivir, para enseñar y aprender aquello que llevamos en lo más hondo del alma. En este proceso, vida y símbolo; hombre y lago; van de la mano, conforman una unidad sobre la cual el saber interpela.

Kusch utiliza esta descripción del relato sobre el maestro del Titicaca, para contraponerla con los procedimientos de aprendizaje desde las culturas occidentales. En estas, operamos en sentido contrario: aprendemos sobre signos, técnicas y ciencias diversas, pero ignoramos con que aspecto o dimensión de nuestras vidas se relacionan (Kusch, 2000: 192). Un aprendizaje desde Occidente que colabora negativamente desde instituciones educativas al desarraigo. Reforzamos una “psicosis del signo” (Kusch, 2000) cuya manifestación es la evasión mediante la técnica o el artefacto. Así, cuando el maestro del Titicaca asume la difícil tarea de articular saberes en sus alumnos, en lo que necesitan ellos para continuar sus vidas junto a lago; occidente se embarca en una tarea menos dificultosa de fabricar el artefacto que nos evada de nuestro mundo, y, por lo tanto, de nuestra realidad.

Se plantea desde la indagación de Kusch, una constante interpelación a los saberes sistémicos de las ciencias, desde su ausencia de pertenencia a un horizonte cultural propio. Confrontado con los saberes populares de las comunidades indígenas del altiplano, queda expuesto lo instrumental de la técnica carente de basamento vital; no hay comunión entre saber, creencia y comunidad. Así va a comentar en *La cruz de Tunupa* que:

“Lo cierto es que, mientras escuchaba a la india, sentía la pobreza de mi papel de técnico y de intelectual que estudia leyendas y religiones, pero que no logra creer en ninguna.” (Kusch, 2000:197)



Esta no creencia en la leyenda, es un distanciamiento que no se reivindica por su objetividad epistémica, sino que se asume como carencia frente a un saber constituido desde lo popular. Desde esa observación y a diferencia del indio, nuestra ciencia occidental nos condena a ver solo objetos inertes, en donde él ve lo sagrado.

Recentrados nuevamente en los ámbitos académicos de nuestras instituciones de enseñanzas, el diálogo entre saberes que se reconocen distintos en sus orígenes y culturas, cobra dimensión uno de los temas que cruzan la obra de Rodolfo Kusch, y que supo discernir él con claridad meridiana. Nos referimos a la dicotómica diferencia instituida como lo civilizado y lo bárbaro. Entre varias de sus obras, es en *La seducción de la barbarie* (Kusch, 2000), en donde podemos ver esbozados los primeros trazos de su pensamiento frente a esta cuestión. En la misma, Carlos Cullen, en su prólogo a la segunda edición nos advierte que, “...la única civilización posible es la que realiza la barbarie, la expresa y la despliega, y no la que se opone a ella con falaces argumentos.” (Cullen en Kusch, 2000: 4)

Se trata esta, de una de sus obras tempranas con un sentido definitorio en el conjunto de sus textos completos. Al decir del propio Cullen, plasma el autor allí, una “*metafísica de lo vegetal y telúrico*”; que devela una realidad profunda y demoníaca; una “*realidad impulsora de ser una Nación real y no abstracta y ficticia*” (Cullen en Kusch, 2000:7). La barbarie americana será en Kusch, seductora y no refractaria de lo culturalmente aceptado desde la perspectiva del sujeto pueblo. La maduración de un proyecto colectivo, nacerá necesariamente desde la barbarie y no contra ella. Lo contrario es lo expresado como imposición desde proyectos ilustrados, que fundamentalmente a partir del siglo XIX americano y argentino, buscaron hipostasiar una cultura que no era tal para el hombre y la mujer de América. Pensar filosóficamente lo americano, será adentrarse en un territorio fangoso que tiene más de hedor que de brillo; más de incierto e inasequible que de seguro y pulcro.

La identidad de América se define por lo mestizo, que es el lugar de la indefinición entre una “verdad de fondo” y una “verdad de forma” (Kusch, 2000:21). Se trata de una ambivalencia bifurcada por lo emocional. Es una antinomia que no resuelve el hombre de América, entre lo abismal de la naturaleza y lo ciudadano, a sabiendas que, esa naturaleza es demoníaca y el ordenamiento de la ciudad, ficcional.

En estas primeras intuiciones que Kusch establece al comienzo de *La seducción de la barbarie*, se plantea el problema que subyace y es trascendente en toda su obra: los viejos modelos ficcionales en los cuales, repetidamente hemos enmascarado la realidad, y con ello, la tarea ontológica de aprehender nuestras raíces como forma plena de realizar una vivencia de lo americano y de esta manera, crear cultura.

Esta cultura americana, llevará inherente a sí misma, la proyección sobre el hombre de una totalidad vegetal y demoníaca, que representa un primigenio fracaso a su conciencia racional de poderío.

La ontología kuschiana del hombre americano, retoma cosmovisiones propias del continente, por cuanto lo humano es visto como intermediario y vínculo de un universo vegetal. No es la centralidad del hombre que conoce y domina lo que impera en el universo de América, sino la adecuación al imperio de lo geográfico natural. Este retorno a lo vegetal (kusch, 2000:36), es siempre de índole espiritual, mágico o religioso.

El hombre americano arrastra así la ambivalencia metafísica existencial de dos mundos en los cuales oscila, dirá Kusch: un destino vegetal, realizado como finalidad



de ciclo en sí mismo, y la sospecha de que ese destino podría ser superado en la ciudad. Por esto último, es que lo americano será por excelencia, un drama mestizo.

Hay un primer elemento fundamental a considerar en la perspectiva contemporánea de los procesos sociales del continente, retomando este encuadre presente en *La seducción de la barbarie*, y es la centralidad del sujeto mestizado como depositario de antiguas resistencias y de futuras emancipaciones en Latinoamérica. Esta centralidad, que no es la de una estricta clase en términos económicos y de “consumos de bienestar” que otorga un Estado o una política pública focalizada, sino que la excede. Es lo mestizo como identidad, lo que determina y otorga identidad y reactualiza un destino político diferente. Es esto que Aníbal Quijano señala como un retorno hacia un futuro no realizado; o como diría Rodolfo Agoglia – otro de los grandes intelectuales silenciados, aún en su propia academia -, y en relación al ideario bolivariano de emancipación, la vigencia política de un proyecto donde lo reclamado, no es su consagración en la utopía, sino su realización por inacabado o forzosamente interrumpido en América.

Por esto mismo, el arraigo del símbolo en la cultura latinoamericana, explica Kusch, de *Quetzalcóatl*, en la etimología maya, la serpiente emplumada, como expresión de la ambivalencia en América. Como lo refiere el propio autor, y en alusión a lo mestizo y su símbolo en América:

“Lo mestizo, más que referirse a un tipo de hombre es, entonces, una conciliación de opuestos, un recurso de la vida para conciliar desniveles, un medio apresurado de alcanzar la integridad con que la vida intenta lograr alguna forma de fijación. La serpiente emplumada nunca pierde por ello su vigencia. Con la oposición entre el ave y la serpiente encuadra la realidad del continente americano.” (Kusch, 2000:40)

Se halla presente en esta primera etapa de producción de Rodolfo Kusch, una diferenciación que va a ser retomada como categoría por otros pensadores enrolados en la *filosofía de la liberación* o del llamado *giro de-colonial*. Nos referimos concretamente a lo que Dussel definirá como la asociación en Occidente, del pensar y conocer como formas del dominio y del poder. Esta disquisición se halla también presentada en *La seducción de la barbarie*, como anticipación a lo que luego elaborará el propio Kusch como “estar” y “ser”, en América y Occidente respectivamente. En el capítulo titulado *El mestizaje mental o la superación negativa*, de la obra que estamos analizando, va a decir que, en las ciudades, la capacidad para obrar y transformar su entorno, no es oriunda de América, sino de Europa, en donde prima lo “lógico, inteligente y práctico.” (Kusch, 2000:60). Esta efectividad es propia de una realidad, la citadina, que se presenta sin secretos y en formas que resultan predecibles y probables.

Frente a este orden sin misterios, se erige América en donde no se conjuga lo natural con la acción dominadora. Lo americano pasa a ser inconsciente de la acción en la ciudad. Permanece oculto o no develado en su totalidad. El accionar del hombre de ciudad, en donde prima lo europeo, transcurre en una dimensión de luz, frente a lo relegado autóctono americano, que permanecerá en lo oculto y silenciado. Estas características en tensión, demarcan situaciones que se proyectan en la relevancia o no de los problemas propios de lo público y, por lo tanto, de lo político. La agencia de lo público es también, como consecuencia de lo anterior, el lugar de lo visibilizado, de lo racionalmente abordable por predecible. Es el lugar de la agencia tecnocrática y sus soluciones siempre funcionales al modelo civilizatorio impuesto. Lo propio, lo profundo de América, al igual que sus sujetos, indios, pobres, cholos, mestizos, “cabecitas negras”, descamisados, permanecerán ocultos, no visibles, a la espera de su hora histórica, de su emergencia que los redima de un olvido sistemático.



Ahí está entonces, confrontados de manera dilemática, situaciones opuestas y aún vigentes en nuestra cotidianidad social americana: una América que se debate entre el progreso pulcro y asistido y el emergente permanente de aquellos postergados, marginados, empobrecidos. En esta realidad ambivalente, existe un único escenario posible desde donde “ser alumbrado” para poder ser visto: la marcha como procesión a la ciudad, al orden a la pulcritud para retornar visto, señalado, estigmatizado. Como lo expresara Kusch:

“El inconsciente es un fenómeno americano, que se agrega como un nimbo mágico a la acción foránea, para conciliar en alguna forma el demonismo autóctono con la realidad europea. Pero lo hace en forma ambivalente, mestiza, como una moneda de doble cara que muestra por un lado la angustia vital del primitivo y por la otra se juzga integrante convencido de la comunidad civilizada.” (Kusch, 2000: 62).

Va a decir Kusch, prosiguiendo el párrafo citado, qué en América, lo inconsciente social tiene su lugar oculto en el interior. Es una realidad “parcelada geográficamente”, que expone su fas ciudadana y cosmopolita en las ciudades, y se relata a sí misma como una *“Historia oficial del país, que encarna arbitrariedades personales y gobiernos ejercidos en el vacío.”* (Kusch, 2000:64)

Esta configuración ambivalente del ser en América, es proyectada socialmente desde los comienzos del proceso de la conquista española. Operó una superposición de estructuras que involucran razas, cosmovisiones y jerarquías económicas. Como señalase Aníbal Quijano, el concepto de raza estructuró la conquista y organizó una economía de extracción y depredadora en América (Quijano,2014). Hay en esta integración post-colonización, un recluirse de las formas indias y mestizas en el subconsciente social, mientras que el aspecto consciente blanco de la ficción, es asimilado a las formas culturales europeas. Lo blanco civilizado perpetúa la desconexión con lo telúrico y por tanto sostiene así carácter ficcional.

Este ser bifronte del hombre en América, que se debate en ambivalencias, genera formas estereotipadas del desarraigo en distintos planos de la vida social y cultural. Así, en filosofía, se hará una reflexión del hombre sin detenerse en las peculiaridades propias de este en América; en educación, se buscará “inculcar una tradición de la cual carecemos” (Kusch, 2000:88); así como en el plano de la tecnología y sus aplicaciones, se innovará ahí en donde no se lo necesita. Sin embargo, será en lo económico, en donde con mayor ficción inmediata se accede a un “mundo desmembrado y clasificado por la letra de cambio” (Kusch, 2000:89), que como parte de la herencia iluminista se apodera y alimenta del propio ciudadano.

En la configuración cultural de un presente americano, señala Kusch, lo originario autóctono trascendió la propia conquista europea al continente, pero de una manera inesperada, subyacente en un inconsciente social que no se devela en las formas ciudadanas. Es la vivencia física y geográfica que no alcanzó a su expresión plena. Desde esta perspectiva, el destino político de autenticidad en América, dependerá de la incorporación del componente indígena como ser presente en la vida comunal y en sus decisiones. La ruptura de la vida ficcional es condición para la aceleración de ese proceso.

Estas configuraciones que adquiere el estar siendo en América, va a determinar consecuentemente otras formas de abordar el conocer y la legitimación epistemológica de esos saberes. Así, en el capítulo titulado *La condición herética*, se va a plantear el interrogante acerca de la ciencia o la literatura, y en referencia a la descripción de lo americano. Va a decir:



“El sustrato de América pertenece en este sentido exclusivamente al terreno de la vida, lo irracional, lo inconsciente, lo anticientífico. En Europa es posible una ciencia de lo humano porque el hombre se ha deshumanizado, ha subvertido su vida al cálculo, a la inteligencia y por lógica consecuencia entiende a su propia colectividad. (...) es preciso tergiversar la modalidad europea, poner en duda el valor de la inteligencia y cuestionar a la ciencia sus derechos de primacía sobre la vida.” (Kusch, 2000:108).

América es así, por excelencia, el espacio en donde la superabundancia de lo natural, excita lo vital, relegando a un segundo plano el mundo de las ideas, y más aún del espíritu. El vínculo estrecho entre hombre y naturaleza así lo exige.

Una reflexión última introduce Kusch en *La seducción de la barbarie*, y es en referencia al fenómeno literario y de la creación en América. Aquí, el fenómeno de la escritura es deformado por hacerse “desde la ciudad”, alejado de lo americano, cayendo en una “falta intencional de contenido.” Hay así una omisión de dar a luz la propia vida en lo literario. Así llega a afirmar que se trata, la americana, de una literatura del vacío; un vacío que es fácil de visualizar desde la ciudad

Esta idea de lo americano como inconsciente social y la herencia civilizatoria europea, cruzará la literatura nacional de la mano del *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento. Con la disyuntiva de “civilización o barbarie”, explica Kusch, Sarmiento expresa en la barbarie, la frustración frente a un abismo insalvable e inmodificable, para lo cual solo resta su violenta eliminación; su no integración a una realidad como Nación. Literariamente, será el posicionamiento de los que “escriben por fuera de la vida” y no desde ella. Una literatura “*antibárbara y absolutista por reacción*,” pero, será el propio Sarmiento, y más allá de su intencionalidad como escritor, quien quedará atrapado en la seducción que expresa el caudillo de los llanos, y por tanto establecerá un reconocimiento desde lo estético que lo hace perdurable. Una operatoria literaria que va a colocar al gaucho, bárbaro e indomable, bajo los códigos posibles de la intelección civilizatoria, esto es, desde el arte literario. Como lo expresa nuestro autor, “*Sarmiento es uno de los primeros pensadores que presienten en la barbarie una fuerza seductora*” (Kusch, 2000:122).

La “neurastenia literaria”, categoría acuñada por Kusch, entraña la negación de un futuro como Nación, que sabe de la imposibilidad de pensarse desde el diagnóstico y la teoría de la que se sirve Europa. En esta imposibilidad, se entroniza a la ciudad como una finalidad en sí misma, y, por lo tanto, como vehículo de retorno a la ficción americana.



Referencias bibliográficas:

Castro Gómez, S. 2015. *De-colonizar la Universidad. La hybris del punto cero y el diálogo de saberes. En Palermo, Zulma (compiladora); Des/descolonizar la Universidad.* Ediciones del Signo.

Kusch, R. 2000. *La seducción de la barbarie, en Obras Completas, Tomo I.* Editorial Fundación Ross.

Kusch, R. 2000. *Indios, porteños y dioses, en Obras completas. Tomo I.* Editorial Fundación Ross.

Martí, J. 1961. *Nuestra América.* Editorial Mirasol La Habana.

Quijano, R. 2014. *¡Qué tal Raza! En: Palermo, Zulma y Quintero, Pablo (compiladores); Anibal Quijano. Textos de fundación*

Scalabrini Ortiz, R. 2007. *El hombre que está solo y espera. Una biblia porteña.* Editorial Biblos.

Segato, R. 2014. *La perspectiva de la colonialidad del poder. En Palermo, Zulma y Quintero, Pablo (compiladores); Aníbal Quijano. Textos de fundación.* Ediciones del Signo.

VVAA. 1975. *Cultura popular y filosofía de la liberación.* Fernando García Cambeiro Editor.